

CRÓNICA URBANA

Un paseo por Boston

Antonio Vitoria

Salgo a pie de la ciudad para poder verla así, detenida, desde la otra orilla del río. He sentido la necesidad de disipar la confusión primera en que me he visto sumergido y, como si se tratase de un cuadro, necesito ponerme a distancia y contemplarla en una más cómoda posición como espectador.

Así que cruzo el río Charles por el puente de Northern Avenue a la par que oigo el tableteo de los vehículos al pasar por encima de las planchas de hierro. Ante mí, se dibujan de forma imprecisa contra el horizonte construcciones bajas; extensiones de coches alineados cubren los espacios libres hasta difuminarse en tonos grises hasta la lejanía.

En apenas media hora de camino, ya he logrado poder abarcar la vista de la ciudad. Ofrece un aspecto impresionante: un frente compacto de contorno escalonado de altos edificios resplandece con destellos como de acero; unos y otros pugnan por subir más y más, si bien la masa central sobresale sobre una confusión de bloques que parece extenderse sobre los edificios más bajos. Al pie, la línea recta de la orilla refuerza la compacidad de la base de todo el conjunto.

Después del primer momento de sorpresa, me pregunto qué tiene este paisaje para dejarme paralizado, qué fascinación me hace sentir esta vista.

Hay que volver a la ciudad; el río es el mismo que le hace decir a Dámaso Alonso en 1952:

Carlos es una tristeza muy man-
sa y gris, que fluye
entre edificios nobles a Minerva
sagrados
y entre hangares que anuncios
y consignas coronan.

Andando al otro lado, pasada la tristeza del río, ya en el Financial District, la imagen de la ciudad se ha fragmentado bruscamente en multitud de bloques como lajas aguzadas hasta el cielo, cerrándose sobre nuestras cabezas en todas las direcciones y haciendo imposible la visión perspectiva que solía orientar al peatón en la ciudad.

Por el contrario, son fragmentaciones que ahora mismo, en el recuerdo, sólo se parecen a las visiones urbanas que nos ofrecían los primeros pintores cubistas, como presagio de una nueva realidad que se avecinaba.

Pero también es posible discernir en esta selva poblada de edificios las distintas aportaciones que la han ido configurando y que a su vez han cimentado su condición de espacio privilegiado, y como significativo del más alto status de la prosperidad americana, y que, no difiere sustancialmente de la visión de cualquier otra ciudad americana, tal como se ofrece con caracteres de excelencia en las propagandas de viajes turismo. Pienso que esta atracción por algo tan nuevo, y sin embargo tan cercano, no puede dejar de delatar su origen, que es el mundo de la ficción que nos ha transmitido el cine, merced al cual nuestros sueños y los del espectáculo se han amalgamado, una vez borradas las líneas de los límites del interior de nuestro ser.

Como es normal en cualquier entorno urbano, es preciso un esfuerzo para fijar la atención en cada edificio, borrado entre las descomunales masas de edificación. Una vez traspasada la poderosa presencia del medio, la lectura de sus arquitecturas generalmente no reviste dificultades, porque en cada una de ellas se presentan los rasgos de un repertorio estilístico, reconocibles los modelos históricos en que se han inspirado.

Sobre una base racionalista, muy americana, de modulación de huecos correctamente ordenados y con sus justas proporciones, se añadirán toques historicistas, en un recorrido que se comprime en la primera mitad del presente siglo. Así que, uno no deja de admirar en estos edificios, elegantes apilistrados clásicos, amplias cornisas florentinas, ventanas gemeladas de medio punto tomadas del románico, almohadillados rafaelescos, etcétera. Todo este repertorio aparece integrado en edificios de otra entidad diferente de la de sus modelos europeos y hace entender el valor del término "revival" utilizado en este contexto, previo a la

entrada de la vanguardia racionalista, como una manera de introducir una clave histórica, que diese solvencia a la formación de señas de identidad urbana, con el riesgo de perderse en un medio altamente dinámico. Por ello, este recorrido arquitectónico entre los rascacielos es muy sugestivo.

Cuando ya los arquitectos americanos consideraron agotado el filón historicista, colocaron estos altos edificios dentro de la estética "déco", y así, por ejemplo, fraccionan los planos de fachada y se escalonan hasta descubrir el núcleo de la cumbre de edificio. En este caso, la decoración de tipo moderno actúa como importación de una nueva estética.

Este fenómeno del "revival" ha sido muy beneficioso para hacer viable la lectura visual, en un medio urbano en el que, disfrutando de una amplia libertad normativa urbanística, sin embargo, sus edificios poseen generalmente un elevado nivel de calidad compositiva.

Así que aquí no se entiende que pueda hablarse en términos de contaminación arquitectónica. En este ambiente, puede generalizarse que sólo se producen reverberaciones que antes sólo veíamos en los libros de Historia del Arte.

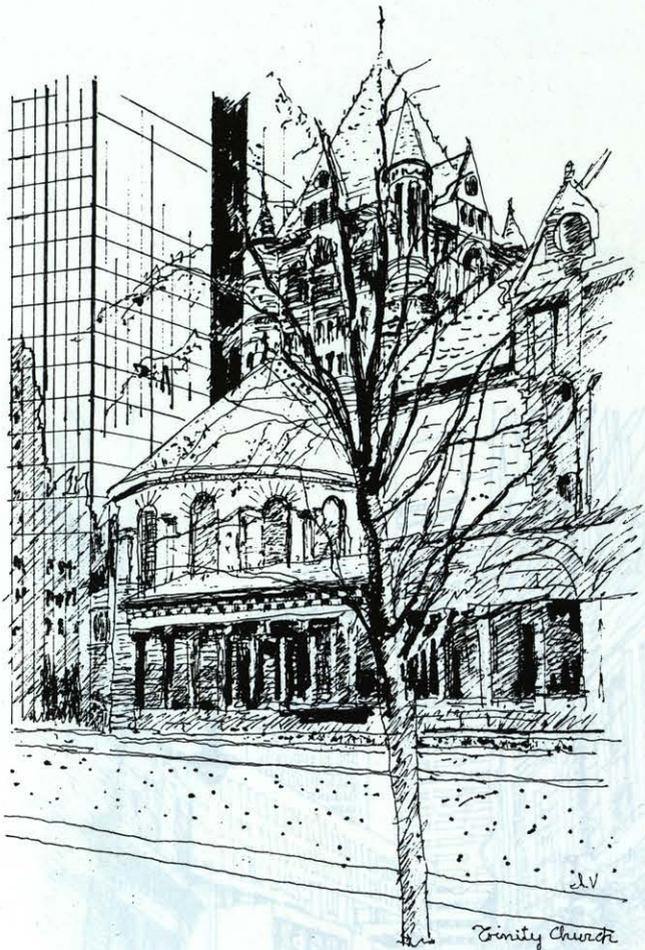
Es corriente oír decir que el estilo Beaux-Arts era el que condicionaba todo el desarrollo de la arquitectura norteamericana; pero a la vista de lo que aparece en este recorrido, es difícil percibir su aliento, pues temas que caracterizaban esta tendencia, tales como la ampulosidad y la profusión retórica, brillan por su ausencia. Tal vez fue, en su momento, una manera de basar una metodología de amplio repertorio en la enseñanza de la Arquitectura.

Después de esas décadas de la primera mitad del siglo, aparece otra arquitectura, la de los grandes edificios de acero y cristal, de mayor porte que los anteriores, y que son como anticipaciones que anuncian una nueva ciudad que ya no va a regirse por los patrones estéticos, con claras referencias europeas.

A pesar de su gran volumetría, son edificios neutros, que apare-

cen como cubriendo los fondos vacíos que se producen entre los tradicionales de piedra; como testigos mudos, a su vez, multiplicando falsamente la imagen ya devaluada de sus sometidos vecinos. Además del reflejo de las imágenes, sus arquitecturas no aportan ni restan nada al conjunto; e, inversamente, los que acreditan mejor diseño, apenas se hacen destacar dentro de la general anomia.

Dentro de este distrito, se produce una remodelación en los años 50, por M. Pei, en la cual se consiguen unos espacios peatonales muy amplios, que dan soporte y encuadre escénico al Ayuntamiento de la Ciudad, diseñado por Kallmann, Mackinnell y Knowles. Edificio y espacios son de unas dimensiones en consonancia con las alturas de los edificios circundantes; tiene una disposición tal que, prácticamente desde cualquier punto del distrito, el susodicho edificio aparecía inevitablemente al fondo de una calle. Al principio, evitaba acercarme a él, entretenido en los sugerentes recorridos que se presentaban ante mí; pero al final no tuve más remedio que centrar mi atención en él, aunque en principio no invitaba a ser admirado, tal como los propios bostonianos que parecen disintir de su estética. Es un edificio de amplia base, construido de hormigón visto, con una estética brutalista de antecedente lecorbuseriano; esto ya constituye en sí un hecho insólito pues claramente se desmarca de la arquitectura de la ciudad. Incluso su volumetría, en forma de artesa, con una celosía calada en sus muros progresivamente salientes, es dura de diseño. Soluciones análogas adoptó Le Corbusier en países exóticos; por ejemplo, el capitolio de Dacca. Todo ello explica que se produzcan resistencias ante un caso singular que contradice un entorno. Es evidente la función de provocación que tiene este edificio en un medio tan consolidado; pero, posiblemente, todo forma parte de una puesta en pie de una propuesta urbana de base histórica. Así, los espacios que aparecen rodeando el edificio tienen cualidades que recuerdan plazas italianas, en donde la varie-



metopas, triglifos acantos, ovas, cimacios, etcétera, que llegamos a dibujar en los años de preparación de la carrera, pero que aquí se prodigan y sirven de ornato y medida en las fachadas de los edificios, que constituyen el rostro de esta ciudad. Es un repertorio, que la bondad de la piedra traduce de manera límpida en sus aristas, molduras, planos, impostas, torneados, etcétera, que se conservan de manera perenne, tal como eran en el momento en que fueron labradas.

No me he referido hasta ahora a que en el diálogo que se establece entre el edificio románico y el neoclásico, que aparecen en la plaza Copley, existe en un segundo término, pero dominante y encumbrado por encima de todos: la Tower Hancock, que como una lámina de cristal refule como si fuese un cuchillo y en los días nublados se pierde en el cielo.

En un libro de R. Arnheim, se lamenta de la presencia de este coloso que viene a perturbar las relaciones espaciales que se creaban entre los otros dos edificios historicistas. A mí me da la impresión más bien de que, con éste y otros edificios análogos, una nueva ciudad se manifiesta a través de estas geometrías, que sólo plantean interrogantes. Y es que estos gigantes no entran en diálogo con el entorno existente, si no que, más bien, exhiben una neutralidad o mutismo que, únicamente pueden presagiar la decadencia en el futuro del lenguaje de la arquitectura como vehículo de conocimiento y de posesión del espacio.

Véase, si no, cómo se producen las formas que reconocen sus imperturbables superficies. Son las líneas que trazan composiciones camp, pop, posmodernas, racionalistas, minimalistas, etcétera. Es indiferente el estilo, que queda como pura caligrafía, que no altera la fría entidad del cristal. Pertenecen a mundos que no van a entenderse, ya que uno carece de lengua. Dan una dimensión sobrehumana, que permite la idea de cosa hecha a la medida del hombre que a través de la Historia ha significado la Ciudad.

Boston posee un bonito parque situado en el centro de la ciudad, el primero de América como otras primicias de esta ciudad, y se llama Common Park. Por sus dimensiones invita a ser cruzado como atajo, ya que el paseo por praderas y entre arboledas y lagunas es particularmente grato. Este parque está rodeado por calles, cuyos frentes de edificación tienen una posición de privilegio por sus vistas. Tres calles, como la Boylston, mantienen un carácter de tipo central con actividades, como comercios, residencias, oficinas, teatros y negocios. La circulación de vehículos es viva; pero el ancho de sus aceras y

la regularidad de las fachadas de sus edificios también hace atractivo andar por ellas. La cuarta calle es Beacon Hill, y el panorama de edificación cambia, por tratarse de un barrio de casa señoriales, con pequeños jardines anexos y un tipo de arquitectura con claras influencias inglesas. En este barrio residen las antiguas familias de la ciudad y en él se encuentra el Government House, un edificio un poco pretencioso por la acumulación de símbolos que terminantemente dejen claro lo que es el poder, la democracia, etcétera, de forma mayestática. Este edificio, juntamente con la Old State House, situada dentro del Financial District, a pesar de la diferencia de épocas en que fueron contruidos sí que pueden mostrar una peculiaridad que los hacen inconfundiblemente americanos. En el edificio del viejo gobierno se perciben caracteres sobrepuestos de corporación mercantil, de palacio, de iglesia, que las doradas insignias de la realeza británica se esfuerzan en hacer creíble. Volviendo al Common Park, las hojas caídas de los árboles en estos días de otoño añaden una capa mullida que los jardineros se afanan recogiendo con una aspiradora gigante. El paisaje es muy romántico, aunque son visibles sobre los árboles las líneas de cornisas de los edificios recortándose contra el cielo.

En el cruce de varios caminos y en una explanada libre de árboles se alza un templete clásico, de orden jónico; en el paseante se produce un cambio de actitud al pasar de la contemplación de una naturaleza pasiva, aunque sí acogedora, a la de un objeto de factura humana, cuya estética nos hace remitir a sus modelos del pasado. La pequeña edificación se ha erigido en protagonista, dejando como fondo la naturaleza, dándole un nuevo significado, tal como ya nos ha ocurrido anteriormente en Aranjuez o en el Parque del Capricho de Madrid.

Repasando este resumen de mis paseos por Boston, es patente que el desenlace de estos pequeños paseos arquitectónicos se han resuelto en establecer un orden de preferencias y de sintonía con determinadas arquitecturas; y éstas coinciden con las que se presentan sujetas a códigos reconocidos y consagrados de sus composiciones. Tal vez, la formación de la ciudad americana y la falta de otros antecedentes más a mano han permitido que la arquitectura se ofrezca generalmente libre de contaminación alguna. También puede parecer paradójico ir a EE.UU. y fijarse fundamentalmente en su arquitectura historicista; pero uno ante todo no puede dejar de admirar una arquitectura que tan bien supo acercarse a los modelos del clasicismo.